

## HECTOR ARDAO

(1907-1979)

Dr. Pablo Mattenci (\*)

La noticia de su muerte corrió aquella mañana del 20 de setiembre, en forma totalmente inesperada. Es que Don Héctor (así le llamábamos sus alumnos), parecía ser por su fortaleza física y espiritual un ser indestructible, y aunque recientemente había tenido un quebranto de salud, su recuperación parecía definitiva.

Había nacido en Barriga Negra, zona serrana del Departamento de Lavalleja, el 9 de agosto de 1907, realizando sus primeros estudios en la Escuela Rural de Pirarajá, centro poblado más próximo. Posteriormente se trasladó a Minas, donde cursó sus estudios secundarios. Ingresó en 1926 a la Facultad de Medicina, obteniendo en 1934 el título de médico cirujano.

En el año 1931 comenzó la docencia en la Facultad de Medicina, ocupando el cargo de Ayudante de Clase de Anatomía Patológica, y sucesivamente fue ayudante de Clase de Medicina Legal, Jefe de Trabajos Prácticos de Anatomía Patológica, y en 1940 Profesor Agregado de la misma disciplina.

Fue la cirugía la especialidad que abrazó desde el comienzo de su carrera, como Jefe de Clínica del Profesor Alfredo Navarro, a quien acompañaba en ese momento el Dr. Pedro Larghero. Ocupó diferentes cargos, hasta que en 1948 ocupó el primer lugar en el difícil y agotador concurso de Profesor Agregado de Cirugía, que desempeñó junto al Profesor Abel Chifflet, desde el comienzo de su cátedra. En 1955 es nombrado Profesor Titular de Patología Quirúrgica, y el 9 de febrero de 1963 es designado Profesor Director de Clínica Quirúrgica, cátedra que desempeñó hasta su retiro jubilatorio en 1972. Posteriormente fue nominado Profesor Emérito de la Facultad de Medicina.

Ocupó múltiples cargos en dependencias del Ministerio de Salud Pública: Practicante Interno en 1930, Médico Colaborador del Instituto de Enfermedades Infecto Contagiosas en 1938, Colaborador especializado en Cirugía Plástica del Instituto de Radiología en 1946, siendo posteriormente Director del Centro de Cirugía Plástica y Reparadora del citado Ministerio.

\* Rev. Cir. Uruguay, V. 49, N° 6: 471-72 Nov./Dic. 1979.



Ejerció su profesión en el Sanatorio del Banco de Seguros del Estado, ocupando por décadas la jefatura del Servicio de Cirugía Reparadora. Actuó también en el CASMU, siendo de los primeros cirujanos centralizados de dicha Institución.



CLINICA QUIRURGICA A.- 1964. (De izq. a der.)

1a. Fila: R. Puig, M. Albo, J. Menivil, G. Carusso, H. Ardao, R. Rubio, R. Gary, R. Berohuet

2a. Fila: O. Balboa, H. Viola, W. Liard, P. Matteucci, J. Trostchansky, J. C. Pravia, B. Asiner, (?), M. Bolquier

Fue becado en varias oportunidades; en 1935 obtuvo la Beca Anual de la Facultad de Medicina; en 1940 usufructuó la beca de Cirugía de la Fundación Zeno-Cames, en Rosario, Argentina, obtenida por Concurso de Méritos. Durante los años 1943 y 1944 es becado por el British Council, efectuando cirugía de guerra en Hospitales de la Real Fuerza Aérea, y en el área de Londres.

Autor de libros de texto de Patología y Anatomía Patológica; escribió tres tesis y numerosos trabajos científicos de cirugía general, cirugía plástica y anatomía patológica, publicados en revistas nacionales y extranjeras.

Integrante de la Academia Nacional de Medicina desde su fundación, ocupaba al fallecer la vicepresidencia de la misma. Fue asimismo miembro de varias sociedades científicas extranjeras, entre las que destacamos: Sociedad Latino Americana de Cirugía Plástica, Sociedad de Cirugía de Bolivia, Academia Peruana de Cirugía, Sociedad de Cirugía Plástica del mismo país, Sociedad de Cirugía Plástica de Brasil, Colegio Americano de Cirujanos.

Estos son, en apretada síntesis, sus principales datos biográficos.

Ardao fue un hombre que vivió intensamente, siendo siempre destacada su actuación en todos los ámbitos en que debió actuar. Trabajador incansable y apasionado, exigía ese mismo esfuerzo y tesón a sus colaboradores. Conocía una sola manera de actuar: la leal y sincera, no apartándose nunca de esta línea.

Por sobre todas las cosas, hizo un culto de la Verdad. No toleraba ninguna verdad a medias o deformada, siendo implacable con quienes no actuaban con veracidad, o no buscaban sus metas con trabajo honesto y leal. Algunas veces cometió errores, como hombre o como cirujano. Pero cuando se percató de ellos se excusó con humildad, o corrigió sus procedimientos errados, en forma pública y sin disimulos. Aún en el error, actuó Ardao como un Maestro.

La Sociedad de Cirugía del Uruguay lo contó como uno de sus más esforzados integrantes, ocupando la Dirección de los entonces Boletines de Cirugía, y desempeñando todos los cargos directivos. Durante su presidencia impulsó y bregó por la realización de congresos nacionales de cirugía. Fue creador de los estatutos de los mismos, y hasta el símbolo de los congresos uruguayos de cirugía se debe a su ingenio y a su lápiz creador.

Presidió el Primer Congreso Uruguayo de Cirugía, y fue honrado al realizarse el 25º como Miembro Honorario de los mismos.

Espíritu inquieto y analítico, supo reconocer e incorporar lo más importante durante sus viajes al exterior, e imponerlo posteriormente en el Uruguay. Becado en 1940 en la Clínica de Cames, puso a punto entre otras cosas la técnica de la gastrectomía, difundiéndola en nuestro medio a su regreso, y cambiando sustancialmente los índices de morbimortalidad que hasta entonces tenía esa operación. Fue durante su estadía en Inglaterra que trabajó intensamente en cirugía reparadora, incorporando luego a nuestro país las más avanza-

das técnicas de la época. Desde ese momento esta actividad complementó su tarea de cirujano general, haciendo verdadera docencia de la misma. Fundó la Sociedad de Cirugía Plástica, presidiendo por años la misma, y publicó la Revista de Cirugía Plástica del Uruguay, en carácter de editor y director.

En el 7º Congreso Latinoamericano de Cirugía Plástica (México, 1954) presentó un valioso estudio sobre "Cirugía de los tendones de la mano", siendo este trabajo seleccionado como la mejor monografía presentada al Congreso, premiándosele con una estatuilla de bronce, y siendo invitado a pasar a presidir el acto de clausura.

Poseedor de un físico exuberante, sintió y vivió el deporte con intensidad. En épocas de estudiante jugaba al fútbol como centrodelantero los domingos de mañana en la Liga Universitaria, actuando luego en la tarde como jugador de Primera División en el Colón F.C. Fue citado como preseleccionado para el Campeonato de 1930, y fue una lesión de rodilla la que finalmente le quitó la posibilidad de haber sido uno de los integrantes del plantel Campeón del Mundo. Siendo ya Profesor de Clínica Quirúrgica, y lindando los sesenta años de edad, no vacilaba en las frías mañanas de primavera,

en ponerse la camiseta roja y los zapatos de tapones, para bajar al césped de las canchas a jugar con sus colaboradores y alumnos, en los campeonatos internos de Facultad, en partidos interclínicas.

Como buen minuano, era un enamorado de su tierra natal. Conocía, como muy pocos, detalles de nuestra historia y geografía. Las obras de pensadores y literatos uruguayos merecían la preferencia de sus lecturas.

Formó su hogar con Gloria Anselmi, excelente compañera, consejera y amiga, madre de sus hijos Gonzalo, Fernando y Diego. Padre justo y severo, firme y humano, supo formar a sus hijos, predicando con su ejemplo y hombría de bien.

Su chacra de Camino Maldonado era el refugio semanal. Orgulloso le oíamos contar los lunes de mañana sus tareas de la víspera como podador, cultivador, plantador o sulfateador. Gustaba recibir en la misma a sus más íntimos colaboradores y amigos, compartiendo con ellos su trabajo y distracción.

Don Héctor no ha muerto. Vive intensamente su imagen en quienes han sido sus colaboradores y han sabido apreciar lo positivo de sus enseñanzas; está presente en el recuerdo de alumnos, amigos y pacientes. Late y palpita en aquellos que nos consideramos sus discípulos, y lo recordamos como Maestro.